FRANCYS CABALLERO:

GETSEMANÍ EN LAS VENAS

SOY GETSEMANÍ - PÁG. 2,3

CASA AMBRAD:

UN PASADO QUE ES FUTURO

MI PATRIMONIO - PÁG. 8-10

EL GETSEMANICENSE

MEMORIA DE BARRIO IMPRESA

N°9 • CARTAGENA - COLOMBIA • JUNIO - 2019 •
WWW.ELGETSEMANICENSE.COM

FRANCYS CABALLERO:

Getsemaní en las venas

Cuando era niña, había compañeras de colegio que le hacían el feo para ir a estudiar a su casa porque no querían pisar el barrio. Ya en la universidad, pocos años después, Getsemaní se iba convirtiendo en el barrio de moda, con todas sus consecuencias. En Francys perviven esas dos caras de la moneda. “Recuerdo a un Getsemaní que no era cool. Era un barrio de bulla y de picó. Aún sobrevive el saludarse entre vecinos”, dice mientras recorre las calles con nosotros.

Cuando se habla con ella se siente esa nostalgia: la visión de un barrio en el que todos se conocían y los hijos se criaban casi que en colectivo. Pero no es un romanticismo simplón: Francys se revela como una mujer de la comunidad, muy leal a su gente, crítica frente a muchos temas, que al mismo tiempo añora un barrio al que ha visto transformarse. Uno que ya no es el de la infancia de rodillas raspadas, matriarcas vigilantes y noches jugando en las calles.

Francys encarna otra mujer de Getsemaní. La joven contemporánea, bastante estudiada -tiene una especialización y está haciendo la tesis de maestría, justamente sobre la vida de barrio en Getsemaní-, que al mismo tiempo ama el Cabildo y las tradiciones. Uno puede pensar en generaciones como la de las matriarcas, luego en líderes y estudiosas como Nilda Meléndez o Rosita Paniagua. Francys es una fiel representante de la generación que les sigue, la que está tomando las banderas para continuar con la lucha para preservar el legado social, histórico y cultural que quizás solo entienden a fondo quienes lo llevan en sus venas, quienes nacieron y se criaron en un estilo de vida tan único y particular como el de Getsemaní.

CALLE DEL CARRETERO

“Somos una familia grande, muy numerosa y unida. Como tanta familia costeña, la nuestra giraba en torno a la figura de la abuela. En mi caso, Cecilia Villarreal, la abuela paterna. Ella era el hilo conductor de toda la familia y su casa sigue siendo la casa de todos. Tanto, que cuando venimos todos decimos que vamos “para la casa”. No hay otra: la de la abuela, en la calle del Carretero. Una cosa que necesitaba el uno, se lo pedía al otro. Siempre estábamos unidos. Ahí pasé toda mi niñez, mi adolescencia y mi primera juventud. Incluso ahí llegué a vivir con el papá de mi hijo. Hasta que me picó el bichito de la independencia y me fui de la casa. Cuando nos reunimos prácticamente llenamos casi toda la calle porque también tengo una tía que tiene dos casas cerca de la de ahí. Son varias casas que son como de todos”.

“Inicialmente mis papás vivieron en la calle del Espíritu Santo, pero ya estando yo de meses se mudaron al Carretero. Cuando regresé viví en la calle Lomba y por último en la calle del Pozo. Tengo todos mis recuerdos aquí. Por ejemplo cuando jugábamos con mis amigos y nos quedábamos hasta tarde, no como ahora que los niños solo pueden salir el fin de semana. Entre semana también salíamos a jugar al fusilado, a la cinta, a la lleva, al escondido americano. Cuando se iba la luz echábamos cuentos hasta tarde. Los más señores de la calle, como Mario Vitola, el Viti, a quien recuerdo con mucho cariño, nos contaban cuentos de miedo. Pero no la historia tradicional sino historias de miedo en Getsemaní. Por ejemplo: que todavía aquí se escuchan las cadenas de los esclavos arrastrándose. ¡Yo las he sentido así, estando ya grande! No sé si me quedé tanto con esa leyenda que la interiorice y que todavía escucho ruidos y golpes en la pared. Don Mario decía que eran los esclavos que abrían huecos en las paredes para esconder

> Nos encantaba Jerry Rivera: ¡esos eran los poemas de amor de aquí! Yo dediqué y a mí me dedicaron. Cuando lo ponían, sacabas a bailar a la que te gustaba.

los tesoros porque se metían los piratas. Recuerdo también a sus hijas, las “Vitolas” y a su hijo, que también se llama Mario, como el papá”.

“Había otro señor, que era herrero: Guillermo Acevedo. En el colegio yo cantaba los temas de Shakira y mi papá me llevaba a todos lados a cantar y a decir poemas. Entonces el señor Guillermo desde que me veía era -!Shaki, Shaki!-. Aquí usaban mucho apodo. Muy poca gente se sabía mi nombre. Me llamaban como mi papá, pero en versión femenina: ¡Miguelita, Miguelita! y fui creciendo con ese apodo. El hijo del señor Mario me decía: Francesca Moser y cuando escucho ese grito es porque Mario está por aquí”.

“Yo aprendí las tablas de multiplicar, pero a punta de reglazos, porque la señora Mati, la de la escuela de banquito, tenía una regla de madera y cada vez que decías una mal te pegaban en la mano. Hasta que un día más no pude más del maltrato y le dije a mi papá que no iba venir a esta clase”.

“Aquí quedaba una casa que le decían La Carbonera. Ahí existe un pozo. Antes de que Getsemaní fuera el barrio cool de ahora aquí se iba mucho el agua y se formaban unas filas que llegaban al Pedregal: era la gente con el balde con agua. Ese era el bochorno del mundo: uno todo sofisticado con su balde en la mano esperando. Uno entraba ahí y eso estaba lleno carbón. Salíamos sucios, pero con el balde de agua en la mano”.

“Ahí vivían unas niñas. A una de ellas le decían La Veneno. Era el terror de las niñas en los años 90. Era una niña humilde que pasaba sucia por el carbón. La leyenda contaba que ella era blanca, rubia y de ojos azules. Ella misma decía que se había tomado un veneno que no la mató, sino que la volvió más oscurita, le enruló el cabello y de ahí evolucionó a La Veneno. Y esa muchachita nos correteaba a todas las demás. En eso se usaban las chanclas de las Juanas. Ella te las veía y te decía: -Esas chancletas van a ser mías- Y yo -Pero, Veneno, ¡son mías! Y ella: -No, ¡te voy a corretear! Un día me cogió del pelo y limpió la calle conmigo”.

CALLE SAN JUAN

“En esta calle fue mi primera fiesta hasta la madrugada. Yo siempre andaba con mis dos primos mayores. Con mis mejores amigos -Nayib y Carlos- hacíamos mucha maldad. Tirábamos billeticos en el piso para que la gente intentara recogerlo, y nos moríamos de la risa al verles las caras: ese se fue llorando, ese se fue riendo. Timbrábamos en las casas y salíamos corriendo. Tenía muy pocos amigos de mi edad y lo que hacía era pegarme a los planes de los más grandes. Mi abuela siempre me decía que yo andaba con mi machera, entonces yo alternaba con otras amigas para que ella no me regañara. Era todo un personaje. Un día nos vinimos para una fiesta donde mi amiga Elizabeth. Nunca había estado en una fiesta así, con todas las luces como apagadas. Tenía como doce o trece años. ¡Yo era una niña! Y se me fue la noción del tiempo porque la luz estaba muy bajita, pero no porque hubiera tomado, que no lo hice. Sino que una es solar y por la luz identifica cuándo es tarde. Llego a mi casa y miro el reloj: ¡tres de de la mañana! Mi papá me dijo luego: -Esas no son horas de llegar una señorita y menos andando con ese poco de hombres-. Mis mejores amigos siempre fueron varones y mi abuela me decía: -Te van a calumniar por andar con esa machera, eso es de María Macho-. Y yo -No, abuela. Yo soy delicada y estoy en colegio de monjas, sino que me aburre de estar rodeada de mujeres-”.

“Esa casa fue la sede de muchas fiestas en adelante. Después vinieron unas muy famosas donde la señora Gladys en la calle de las Chancletas. Ahí siempre había una fiesta los seis de diciembre, porque el hijo de ella cumplia ese día. Fueron las únicas amanecidas en las que me dejaban quedarme. Pregúntale a los de mi generación -30 ó 35 años- y te van hablar de las fiestas donde la señora Gladys y de cómo se esmeraba por hacernos la chiquiteca. Ponía puro Sergio Vargas, Ricarena, Carlos Vives. Ahí fue donde aprendí a bailar. Nos encantaba Jerry Rivera: ¡esos eran los poemas de amor de aquí! Yo dediqué y a mí me dedicaron. Cuando lo ponían, sacabas a bailar a la que te gustaba. Gladys nos ofrecía vino *Cariñoso*, que era el que nos dejaban tomar. En una de esas fiestas, a los quince años, di mi primer beso”.

DOÑA TERA

“Aquí en una época hacían un reinado infantil. A mí no me dejaban participar porque como mi papá siempre fue el líder decían que era rosca. Al muchacho que lo organizaba le decían doña Tera: ¡Es que aquí nunca han respetado! Me quería mucho. En el 94 me nombró por decreto Niña Getsemaní. Yo tenía ocho años. Lo hacían para las fiestas novembrinas, en una tarima de Postobón, el bando era en burrito y hacían las balleneras en el Centro de Convenciones. La cosa más horrible era pensar que me iba a caer en esa agua. Ahí me picó el bichito de los reinados, pero no porque quisiera ser reina sino presentadora. Doña Tera se mudó y entonces organicé el reinado con cinco niñitas de nuestra calle. Yo era la presentadora, y cerraba la calle. No era algo tan producido como lo de Doña Tera pero yo lo quería conservar”.

LAS TIENDAS DEL BARRIO

“Extraño profundamente las tiendas, que se han ido perdiendo. Ahí me fiaban las laminitas y llenábamos álbumes. Esa era una de las distracciones de entonces: intercambiar cosas coleccionables como los hielocos de Coca Cola o el muñequito que estuvieran dando en esa época. Lo mismo con las laminitas de Amor, Supercampeones, Sailor Moon. Yo era un poco privilegiada porque mi abuela era dueña de la tienda Los Laureles, en la esquina del Carretero y calle Lomba. Ella me regalaba y yo era la que más tenía. Todo el mundo llegaba donde mí, que la laminita y que tal. Yo le ayudaba mucho a mi abuelita. Ahí aprendí a sumar, restar, todo lo que fuera con números, así fuera a regañadientes. Eso sí; vendía un pan y me comía otro yo; vendía una cocacola y me tomaba otra”.

COMETAS Y RODILLAS RASPADAS

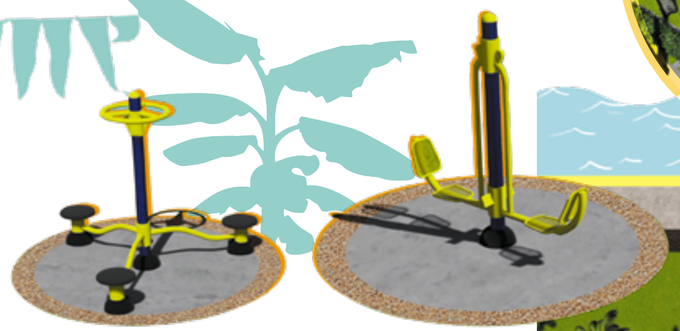
“En El Pedregal hacían el Festival del Barrilete. Mi papá siempre me llevaba a volar cometas ahí, pero nunca aprendí. ¡Nos fajábamos hacer la cometa y nunca me funcionaron! Ahí hacían también salseros. Mis papás iban mucho y ahí escuchaba la música. Del parque Centenario tengo las rodillas marcadas de las voladas de allá nos quedábamos adentro hasta super tarde y cuando queríamos ver ya nos habían cerrado las puertas”.

“En la plaza de la Trinidad alrededor de un árbol había unos maderos, en forma de cuadrado. Ahí nos sentábamos a jugar y a echar cuentos. Antes eso se podía hacer mucho en la plaza. Era el único sitio, distinto del sofá de tu casa, donde te dejaban sentar con tu novio porque estabas más que vigilada. Había un grupo que les decían Las Juanas. Se sentaban ahí y como te vieran en una cosa extraña con algún pelaíto o con quien fuera iban y le decían a tu papá, a tu abuela y te daban tu limpia apenas llegaban a tu casa”.

EL FOTÓGRAFO DEL BARRIO

“Mi papá, Miguel Caballero, imprimía las fotos y mi plan de las noches, cuando él llegaba del trabajo era acompañarlo a repartirlas. Lo ayudaba a marcar los rollos, que era lo de esa época. También se las organizaba por paquetes, por persona y por calle en el recorrido, que hacíamos en una motico. Salíamos a repartirlas y él me daba una comisión de acuerdo a lo que le pagaban. Pero hacíamos una pequeña maldad. En la tienda de mi abuela había algo que se llamaba La Vitrina. Tú puedes preguntar en Getsemaní por esa vitrina y se mueren de la risa. Era una estantería de madera con un vidrio transparente y ahí mi papá colgaba las fotos de todos los morosos. Como a esa tienda llegaba todo el mundo, el bochorno era verte en la famosa vitrina. Tu foto ahí quería decir que no la habías sacado. Mi papá les ponía el tiempo de antigüedad: un mes, dos meses, un año, dos años ¡y la foto amarilla ahí en la vitrina! A él le gustaba tomar fotos de las cosas curiosas del barrio: que cuando le estaban sacando los piojos a alguien y cosas así. Todo eso lo ponía mi papá en la vitrina”.

¡UN PARQUE DE PELÍCULA!



Pensamos en un parque biosaludable con áreas de juegos para niños, pero también en donde se pudiera practicar deportes, baile o clases de zumba. Quisimos darle un uso práctico y óptimo para que la comunidad pueda disfrutarlo.

- CAMILO POLO MELÉNDEZ

Representación tridimensional del parque y su distribución.

Al parecer no solo quedarán los recuerdos de actor Will Smith caminando por las calles de Getsemaní durante el rodaje de la película *Gemini Man* o las imágenes capturadas por los vecinos del barrio con la estrella de cine o incluso, la misma película. La productora Dynamo, encargada de la producción de este filme, entregó como donación al barrio las máquinas para la construcción de un parque. Ahí comenzó un camino que unos pocos meses dará sus resultados.

"En Dynamo pensaron que lo mejor era ofrecer algo que impactara a toda la comunidad, diferente a lo que se venía realizando con otras productoras, porque solo se beneficiaba a las calles donde se rodaba dándole un pequeño reconocimiento a la gente", asegura Davinson Gaviria, presidente de la Junta de Acción Comunal del barrio.

"En eso coincidimos y ellos nos donaron las máquinas, avaluadas en alrededor de 20 millones de pesos. Luego de recibida esta donación tocamos las puertas en el Proyecto San Francisco, para que nos apoyara con el suministro de materiales y la Escuela Taller con la mano de obra", cuenta Gaviria.

"La idea es empezar obras a mediados de junio y entregarle a la comunidad el parque dos o tres semanas después, que es lo que se tiene planeado", asegura Gaviria.

"La Escuela taller se vinculó porque estábamos buscando patrocinadores. El proyecto San Francisco aportó parte de la financiación, pero no podía cubrir todos los gastos. Pensamos que la Escuela Taller podía aportar la mano de obra con sus aprendices. Por supuesto, la Junta de Acción Comunal también dará su aporte suministrando hidratación y refrigerios a los jóvenes que estén trabajando. Eso, más la parte eléctrica lo haremos con recursos que hemos captado por rodaje de películas, salseros, bingos y rifas", dice Davinson, quien precisa que por ninguno de estos aspectos la junta ha recibido dinero para sí.

La zona escogida para ubicar este nuevo parque es la avenida el Pedregal, que además de tradicional ha sido un escenario deportivo por excelencia para los habitantes del barrio. Exactamente, el parque será construido entre el baluarte San José y el de la Virgen. "Quisimos recuperar esta zona porque de cierta forma tiene muchos años de no ser utilizada de manera adecuada", explica Davinson.

La entrega de las máquinas se realizó en abril de 2018. "Nos dieron la licencia en diciembre, unos ocho meses después. Ahora estamos en el trámite de firmar el contrato con la fiducia, quienes serán los encargados de entregar el dinero otorgado por San Francisco. En cuanto a Escuela Taller, en abril de este año, firmamos contrato", dice Gaviria.

SE LO PENSÓ UN GETSEMANICENSE

Camilo Polo Meléndez, joven getsemanicense y arquitecto fue el encargado de liderar el proceso de diseño de esta obra. "Pensamos en un parque biosaludable con áreas de juegos para niños, pero también en donde se pudiera practicar deportes, baile o clases de zumba. Quisimos darle un uso práctico y óptimo para que la comunidad pueda disfrutarlo", dice Camilo.

"El parque está dividido en tres zonas: una con cinco máquinas biosaludables y la reinstalación de las barras que tenemos ahí. Después está una zona para practicar baile, con un tapete de grama sintética que se pueda mantener y sea durable. Finalmente, estará la zona infantil que trae tobogán, escaleras, pasamanos, columpio y un sube y baja", explica Camilo.

"En la Escuela Taller nos hablaron de unos lineamientos en la zona, porque ellos son los que manejan toda la parte de fortificaciones, así que también eran los primeros a los que había que consultarles", dice Camilo.

"Nosotros estamos en pie de lucha con lo que son nuestras tradiciones. Esa zona del Pedregal siempre ha tenido una movida deportiva por el tema de la bola de trapo. Eso es el complemento idóneo para todo lo que pensamos hacer en esa zona", cuenta Polo.

"Desde la rampa del baluarte San José, hasta la Virgencita son unos 170 metros, que también va a tener una parte de ornamentación y de iluminación para que la práctica se extienda hasta la noche porque hay muchos jóvenes que utilizan esas horas del día para realizar sus actividades extracurriculares", dice.

"Este es el primer parque de este tipo en el Centro Histórico. Será un precedente para los espacios residuales y zonas verdes de las murallas que poco o nada se utilizan", asegura Polo.

"Sin duda esto será una gran zona de recreación. Estamos pensando que para que sea sostenible tenemos que generar recursos alrededor de eso. Por ejemplo: tenemos la idea de comprar un brinca-brinca y eso daría para que una persona que esté pendiente. Porque de una u otra forma hay que realizarle mantenimiento. No pensamos en solo instalarlo y dejarlo ahí. La idea es que eso perdure en el tiempo y que no caiga en abandono", explica Davinson Gaviria.

"Nos proyectamos en aprovechar más esa zona del Pedregal con amoblamiento urbano y en realidad sí se puede. Ahí hay un profesor que practica con fútbol con niños. La idea es armar un circuito y anexarlo a este nuevo paso peatonal", cuenta Camilo.

"Queremos que todo el barrio se apropie de este espacio. Será una obra que también vincularía a las personas que están de tránsito, a extranjeros y a la comunidad en general. Reconocemos que el proceso ha sido lento, pero seguro. Nos enorgullecemos como getsemanisense de poder entregar este parque", remata Davinson.

CALLE LARGA

(Primera parte)

Vivieron muchas familias, una de ellas fue la del palestino Jacobo Yaber.

Oficentro, imprenta comercial.
Lunes a viernes
8:00am - 5:00pm.
Tel.: 664 35 37.

Antes: En la casa que da con la esquina de la calle de las Palmas vivió Luis Fernando Cortes, odontólogo de mucho prestigio que también fue poeta, guitarrista, un hombre muy culto.

El Reducto Restaurant
Lunes a domingo: 10:00am - 2:00am.
Télefono: 6517460.

Antes de ser edificio, aquí vivió la familia Maldonado. También vivió más recientemente el pintor José Quintero

Hostel la Antigua Cápsula
24/7
Tel: 6 79 04 72

Esta propiedad era del señor Ignacio Sierra , propietario de la ferretería "El Yunque".

Vivió la familia Valdelamar

Fausto del Río, tenía su negocio de Ferretería que daba de un lado a la calle larga y del otro lado al Arsenal; pero el vivia en Crespo.

Restaurante Teppanyaki Caribe
Lunes a domingo: 11:00am - 11:00pm
Tel.: 320 900 02 78

En el primer piso la familia Marún Díaz, después se mudaron a la calle San Antonio donde vivieron por casi de 30 años.

En el segundo piso vivía la familia Amador

Mi Llave Hostels Cartagena

VIvió la familia Liñán, la señora Maruja Liñan muy conocida en la calle.
24/7
Tel.: 301 244 78 61

Colchones y Muebles Barakat
Lunes a domingo: 8:00am - 6:00pm.
Fines de semana: 8:00am - 12:00m
Tel.: 664 69 75

Antes: En el edificio Mainero (Ninfa del Sinú) vivieron varias familias, como la de los Gomez Echeverría, antioqueños, que se radicaron en Cartagena. También vivió Libia Baena.

La Bonga del Sinú
Lunes a domingo
11:30am - 11:00pm.
Tel.: 6601649.

Lavatú
Lunes a domingo
9:00am - 7:00pm.
Domingos: 10:00am - 3:00pm.

En el primer piso quedó la tienda de Don Camilo, muy conocida en el antiguo Mercado: la gente dejaba sus compras y él se las guardaba.
En el segundo piso vivió la familia Lezama.

De la calle Larga se puede escribir un libro entero. ¿Y cómo no va a ser si junto con la de la Media Luna fueron la base del trazado de calles de Getsemaní y tiene más de cuatro siglos de historia? Además, responde a su nombre: tiene 481.5 metros y sí, es la más extensa del barrio. Tanta historia no cabe en dos páginas así que en esta edición iremos con el sector que va desde el Puente Román hasta la esquina al frente del Dadis (calle del Pozo).

Se piensa que a la calle le pusieron ese nombre desde los tiempos de la Colonia por su obvia extensión. Pero formalmente ha recibido otros como "la de Granados, Delhuyar, Nuestra Señora de la Paz, Nuestra Señora de Loreto, Nuestra Señora de Ribera, Nuestra Señora del Buen Viaje, Nuestra Señora del Rosario y el Reducto", según cuenta Raúl Porto Cabrales en su libro *Cartagena de Indias en la palma de la mano.* Otra versión señala que en algún período se le ponía el nombre a algunas calles por sus características: calle Ancha, calle Curva, calle Larga, etc. Una hipótesis más: a la gente se le hacía muy larga porque el Claustro de San Francisco y sus huertas posteriores se extendían mucho y la siguiente calle quedaba bastante al fondo.

El infaltable Donaldo Bossa Herazo, en su *Nomenclator Cartagenero,* dice: "Parece que, en los inicios, se llamó calle Larga a toda la vía; posteriormente el nombre popular sólo cobijó a la primera cuadra, esto es, la que corre desde la esquina de la Orden Tercera hasta la esquina de la calle San Juan. Primero fue conocida como calle de Nuestra Señora de Loreto, por el convento de los franciscanos llamados al principio Santa Casa de Loreto o Nuestra Señora de Loreto. Posteriormente fue llamada esta cuadra calle Nuestra Señora del Mar, y el nombre de Nuestra Señora de Loreto pasó a la calle del Estanco de Tabaco.

Ahora es fácil pensar que la calle Larga nació como la conexión del Centro Histórico con la isla de Manga, pero no es cierto. Hasta el siglo XIX el paso natural para ir a Manga era donde hoy se ubica el puente detrás del diario *El Universal.* En sus primeros dos siglos el movimiento fuerte de la calle estaba por el lado de lo que hoy es el Centro de Convenciones. Más arriba estaban el almacén de la aguada, desde donde se surtía el líquido a las embarcaciones menores que luego se la llevaban a las mayores. Más allá, cerca de dónde hoy es el puente Román, decaía la actividad humana.

Lo que marcó la primera y larga época de la calle fue que corría paralela al playón del Arsenal. Era la calle posterior de ese amplio frente de agua. Y hay que imaginar la vida cotidiana y lo que allí ocurría en los siglos XVI y XVII: era un espacio portuario de embarcaciones menores (las mayores se hacían donde hoy queda la Base Naval). Eso implicaba tener allí carpinteros de ribera, carpinteros de mar, calafates, aguateros y otros artesanos trabajando en el mantenimiento, la reparación y el aprovisionamiento de barcos. Pero no solo eso: allí también quedaban bodegas donde se almacenaban -después de pagar tributos a los oficiales reales- todos los productos que venían de "ultramar". En esas bodegas también se guardaban y negociaban los elementos marinos: velas, cuerdas, herrajes, jarcias (los aparejos y cabos de una embarcación), redes, maderas, etc.

La dinámica natural era que esas bodegas abrieran de cara al playón, pero terminaban también abriendo otra puerta del lado de la calle Larga, justamente por todo ese movimiento comercial y de servicios. Por eso los predios de esa calle tienden a ser muy alargados e ir de lado a lado.

Era todo un trajinar de gentes y negocios que le dieron la vida y dinámica a ese sector. Todo cambiaría con la construcción de la muralla de ese lado y sus tres baluartes, que cerraron el playón del Arsenal, en el siglo XVII. Al final de la calle Larga se construyó el baluarte que sigue en pie y en frente, en Manga, un pastelillo, una curiosa manera de designar a una estructura amurallada hecha para darle una primera barrida de fuego a los barcos enemigos. Una probada antes del plato principal.

El objetivo no era solo militar. Las autoridades coloniales pretendían también taparle una puerta al contrabando, que en realidad se daba en toda la ciudad. Muestra de eso es que en ese espacio solo había muralla, no contramuralla, que tiene propósito militar.

ESTE ARTÍCULO CONTINUARÁ EN LA PRÓXIMA EDICIÓN

CASA AMBRAD:

UN PASADO QUE ES FUTURO

MAPA DE CARTAGENA
1586

CASA AMBRAD EN MAPA PEARSON & SON LTDA
1915

CASA AMBRAD
1940

La Casa Ambrad, al lado del Club Cartagena, creció a su sombra y también languideció con la caída de su vecino, hasta convertirse hasta hace muy pocos años en una cascarón de fachada, con puertas y ventanas pintadas sobre unos muros tapiados. Atrás, un lote con maleza y en abandono. Pronto volverá a sus mejores tiempos.

Las últimas décadas no fueron buenas para una casa que ya aparece en mapa de Francis Drake (1586) y en el censo de Francisco de Murga (1630) entre muchos otros. ¡Y qué ubicación!: frente al actual parque Centenario, en la línea de la calle de la Media Luna. Si pudiéramos ver en unos pocos segundos lo que se vió desde esa casa en sus cuatro siglos podríamos observar la transformación de matadero a parque Centenario; al caño de la Matuna convertirse en edificios; la aparición y desaparición de la estación del tren a Calamar; el surgimiento del Mercado Público y su efervescente desorden, que luego le dió paso al Centro de Convenciones. Veríamos a los lanceros, al Camellón de los Mártires, al propio Club Cartagena emerger y luego declinar. La gloria comercial, el desorden urbano, la decadencia y lenta resurrección de esta calle emblemática.

Según las investigaciones de los arquitectos restauradores Rodolfo Ulloa y Ricardo Sánchez, en la época colonial la Ambrad era una de dos casas pareadas alrededor de un pozo de agua. Esto era cuando no había acueducto y tener pozo en la propia casa era toda una bendición. También compartían la misma estructura del techo: es decir, a golpe de ojo parecían una sola. En términos técnicos, compartían la misma estructura de cubierta y línea de cornisa. Su compañera era la actual casa de tres pisos que fue de la familia Bajaire y hoy pertenece a la familia Facusseh.

En una foto de 1894, tomada desde el muelle de los Pegasos se la puede ver todavía de un piso, al fondo, un poco desenfocada detrás de la taquilla donde entonces se vendían los tiquetes para los barcos. Hacia 1915 era una casa-tienda. La mitad estaba dedicada al comercio, mientras que en la otra mitad estaba la puerta de acceso a la casa familiar y una ventana. Todavía tenía un solo piso. Pocos años después, quizás en los años 20, los tres pisos de la casa entonces de los Bajaire destacarían al lado.

La llegada del Club Cartagena, inaugurado en 1925, significó otra época para la casa. Mientras que en las fotos de la construcción, por ejemplo una de 1924, sigue con un piso, en otra foto de 1933 ya aparece con dos. Según se pudo establecer, el patriarca Salomón Ambrad contrató al maestro principal del Club Cartagena para que la reformara: subirla a segundo piso para su residencia y dejar el primero para los servicios de su farmacia, algo bastante común en esa calle y por esa época. "Quizás, siendo el mismo maestro de obra, copió detalles ornamentales de la escalera del Club, que repitió en la casa Ambrad", explica Ulloa. Eso explicaría por qué algunos pensaron que fue una obra del mismísimo arquitecto francés Gastón Lelarge, responsable del diseño del Club Cartagena. "No. Definitivamente esa no es una obra de Lelarge", enfatiza Ulloa, coautor además del libro más detallado sobre el legado de ese arquitecto en Colombia.

En muy pocos años la mitad de la cuadra mostraba el éxito material de las familias de orígen árabe: en la esquina los Beetar, con su fábrica de zapatos, almacén y residencia; luego el edificio Ganem, después los Bajaire y los Ambrad. Para los arquitectos restauradores, la recuperación de esa casa es, al mismo tiempo, recuperar un caso entre muchos de la importante influencia árabe, principalmente sirio-libanesa en Getsemaní y Cartagena.

Y no solo las casas, sino las historias de las familias. Los Ambrad, por ejemplo, como el resto de la comunidad de ese orígen, eran muy sobrios en los gastos y con una ética muy fuerte de trabajo, solidarios entre la familia y con sus coterráneos, según se les conocía en la ciudad.

Más adelante, en un directorio de 1947 aparecen formalmente la farmacia y arriba la casa familiar, con su nomenclatura y su teléfono. Pero la dinámica del barrio siguió su curso y aquella época de esplendor comercial daría paso a otros tiempos. En 1957 el Club Cartagena fue trasladado a la actual sede de Bocagrande y en muy corto plazo el edificio quedó en abandono.

Algo similar le ocurrió a la Casa Ambrad. Primero fue arrendada y luego vendida por la familia. Pasaron las épocas gloriosas de esa calle como uno de los ejes comerciales de la ciudad. En 1990 ya no tenía techo y en algún momento indeterminado le habían cambiado los arcos y el balcón originales. Hasta hace pocos años lo que quedaba era el cascarón de la fachada, con las puertas y ventanas sobrepintadas encima de los bloques que tapiaron los espacios originales. Casi todo vestigio había sido borrado por el tiempo, menos la palabra Ambrad que hacía parte del letrero de la farmacia. Esas letras eran las últimas supervivientes de otra época.

DE ARENAL A GETSEMANÍ

Gladys Ambrad vivió los mejores tiempos de la casa. Era una niña cuando vino a estudiar al colegio Biffi, que nació y funcionaba en la calle de la Media Luna, a media cuadra de la casa y cuyo predio también tenía entrada por la calle de la Magdalena. Eran los años 40. Su familia tenía fincas en Arenal, que producían el dinero para sostenerse. Allá vivían su papá y mamá. Cuando las niñas estaban en edad de estudiar venían a la casa de los abuelos, en Getsemaní. A Arenal, la tierra natal, solo regresaban en vacaciones.

La casa familiar quedaba en el segundo piso. En el primero estaba la farmacia, un cuarto para inyectología, los depósitos de productos y al fondo el cuarto de la empleada, que subía a la zona de labores, en el segundo piso, mediante una escalera de madera. Gladys recuerda que en la casa la abuela era la figura matriarcal, a cuyo alrededor giraba la vida familiar. Que los hombres dormían en un altillo, en el tercer piso y las muchachas -pues ella no era la única en el esquema de vivir con la abuela mientras estudiaba- con las otras mujeres de la familia, en las alcobas del segundo piso.

Recuerda que el ámbito clave de la casa era el comedor: inmenso, ubicado hacia el fondo del segundo piso. "Teníamos dos salas, una al frente y una atrás, pero era poco lo que se utilizaban para vida social", recuerda. A un lado del comedor había una pluma donde lavarse las manos antes de sentarse a manteles. En ese comedor se hacía la vida en familia, pero su lugar favorito era la sala principal frente a los balcones, un amplio mirador muy ventilado desde el que podía ver pasar la vida en el Parque Centenario, por donde todo el mundo tenía que pasar. Los fines de semana eran días de retreta y actividades. "Eso entonces era mucho más como un jardín, lleno de flores y plantas ornamentales, que el bosque tupido que es ahora". Desde ese balcón podía ver el obelisco, hoy tapado por árboles, presidiendo el parque. "Eso era todo un mirador, pero ahora ya uno no ve nada", dice.

También le encantaba el espacio de las mecedoras. De niña le gustaba quedarse allí mientras estudiaba sus textos, costumbre que le quedó hasta ahora, tantos años después, cuando desde su casa de Bocagrande recuerda los tiempos de su niñez.

Lo que es la vida: años después vería todos los días a ese mismo parque, pero desde otro costado. Una vez obtenido su título de bacterióloga en la Universidad Javeriana, en Bogotá, regresó a la ciudad y trabajó en un laboratorio de su familia, en un edificio de cuatro pisos que hoy aún existe por la zona de las ferreterías. Allí atendían varios Ambrad, que ya habían consolidado un prestigio de ser familia de médicos y profesionales de la salud.

Y otra vuelta de la vida: terminó casándose con un estudiante del Biffi, al que no conoció en sus tiempos de colegio, sino varios años después. William Nassar, también médico y su esposo, la acompaña a desgranar sus recuerdos. Él mismo es getsemanicense, nacido en las calle de la Magdalena, y también con sus propias historias y recuerdos del barrio, que contaremos en otro artículo.

Cuando los restauradores Ulloa y Sánchez le presentaron en imágenes tridimensionales los resultados de su trabajo en el que la tuvieron a ella como una fuente de primerísima mano, Gladys comenzó diciéndoles: -Esto no se parece a mi casa….-. En esos breves instantes hasta que ella terminó su frase los arquitectos contuvieron la respiración y empezaron a hacer cálculos mentales de en qué podrían haber fallado. -... ¡Es idéntica!-, remató Gladys.

Ahora es el tiempo de volver a levantar la casa como fue en su época de mayor esplendor.

CASA AMBRAD EN LA PROYECCIÓN ARTÍSTICA DE COMO LUCIRÁ EL CONJUNTO HOTELERO SAN FRANCISCO

OTROS CUATRO SIGLOS EN PIE

Hablar con Gladys Ambrad fue un paso importante, pero no el único para reconstruir la historia de la casa Ambrad. La tarea tuvo un poco de detectivesca y mucho de académica. Se consultaron planos y todos los censos antiguos que fue posible; se localizaron e interpretaron fotos y aerofotos de distintas épocas, incluyendo las del Instituto Agustín Codazzi; se buscaron documentos planimétricos en el Archivo General de la Nación. Y también en terreno: en el lote enmalezado se encontraron fragmentos de pisos y baldosas, se siguieron los trazos que dejaron los muros y columnas tanto en lo que quedaba del suelo como en las paredes de los edificios vecinos. Todo indicio era bueno para armar un rompecabezas y lograr el mayor grado de precisión que fuera posible.

Técnicamente los arquitectos restauradores la describen así: una casa alta de uso mixto, organizada en forma de C en torno a un patio; con comercio y servicios en la primera planta y vivienda en la segunda planta y su altillo de madera, usual en aquella época y que solo servía para ese uso, sin baños o equipamiento adicional.

El primer piso, originalmente una casa baja, tenía gruesos muros de piedra coralina y argamasa de cal. En el subsuelo está lo que ahora llaman aljibe, pero del que se sospecha en realidad era una poza séptica, común en la época. El segundo piso, las columnas y vigas fueron hechas en concreto, así como los bloques de las paredes. Los entrepisos eran de madera. El techo era de teja de barro al frente y de teja de zinc en la parte trasera. Los cielos rasos se hicieron en yeso o en latón.

En el segundo piso había una zona social hacia la fachada, incluyendo un baño, que era algo poco usual en aquella época. A pesar de ser una casa medianera, ese segundo piso era bastante fresco gracias a la ventilación cruzada. Las habitaciones estaban dispuestas a lo largo del corredor que daba al patio. En la parte de atrás quedaba la cocina, la zona de servicios y el baño familiar.

En términos estéticos la casa responde a lo que los entendidos llaman eclecticismo, del que hay bastantes muestras en Getsemaní: una cierta libertad y creatividad de los propietarios y arquitectos para incorporar elementos diversos a sus construcciones. Había mucha carpintería ornamental y calados para garantizar la ventilación.

La fachada, que era lo único que quedaba en pie, estaba en muy mal estado, sosteniéndose apenas por estar agarrada de los muros de Club Cartagena y de la antigua casa de los Bajaire. Se le hizo un levantamiento detallado y se desmontó pieza por pieza para su posterior recuperación. La casa será reconstruida e integrada al conjunto hotelero que está construyendo el Proyecto San Francisco, que también cobija el Claustro y el Templo de San Francisco -que son inmuebles patrimoniales- los viejos cines, el Club Cartagena y los edificios Puerta del Sol y Morales Hermanos (Quiebracanto).

EL POZO DE LA SALSA

La Nena Morán y su hermano Gustavito le dieron bastantes vueltas al asunto: ¿qué negocio poner en el local de la casa que recién había quedado vacío? Su hermana había sostenido una papelería por varios años ahí. También había funcionado allí una reparadora de radio y televisión, el negocio familiar de los cepillos y aseo ¿Qué sería lo más apropiado?

Buscaron franquicias: una de jugos, una de sandwiches, otras de envíos y así. Todas tenían más contras que beneficios. Sabían que mucho extranjero pasaba por el frente de su casa, casi en la propia plaza del Pozo. ¿Qué podría ser interesante? La solución final fue algo que le gustaba a locales y extranjeros: un sitio donde tomarse una cerveza o un trago a precios accesibles y con muy buena música del caribe, principalmente salsa.

Uno puede durar horas allí sentado solo o acompañado, escuchando al Gran Combo, Andy Montañez, Maelo Ruiz o quizás algo más viejo, pero siempre temas que se reconocen, se tararean y se acompañan con los dedos en la mesa. La música es de una lista muy bien seleccionada. ¿Su mayor virtud?: en medio de muchas opciones sofisticadas y bastante más costosas, este es un sitio con sabor de barrio, buena música, buenos precios, y atención de persona a persona.

¿Y si hay hambre? Los locales de alrededor de la plaza del Pozo tienen muy buena relación entre ellos, así que si estás cómo donde la Nena ella misma te gestiona para que traigan la carta de Basílica o de Bonche. Igual con ellos si necesitan algo de la Nena. En la plaza hay espacio para todos.

El local lleva año y medio. Al principio costó comenzar, como en todos los negocios: permisos, trámites, cumplimiento de las normas, principalmente las de espacio público, pero con el tiempo se fue estabilizando. Ahora abre de miércoles a lunes. El martes es el día de descanso.

Lo atienden principalmente Gladys "la Nena" Morán y su hijo Frank Steven, de veinte años, quien de día estudia Administración de Empresas en la Universidad de Cartagena. Allá también estudió Gustavo, el hermano de Gladys. Se graduó en Química Farmaceútica y ahora ejerce en Bogotá, pero siempre muy pendiente del negocio.

A Gladys no le cuesta tanto como pudiera ser eso de atender al negocio, que abre al caer la tarde y funciona hasta la medianoche, si hay público. Aunque de día trabaja en la parte comercial de la Funeraria Lorduy, su labor en la noche le gusta, es otra forma de relajarse, de conversar con los clientes y los vecinos que pasan.

El local ocupa un pedazo del frente de la casa, que la familia compró en los años sesenta. La que cuenta la historia con detalles, desparpajo y mucha vitalidad es doña Gladys Cortina de Morán, la matriarca de la casa, llegada al barrio directo desde San Jacinto, hace más de sesenta años.

Ambas sacan pronto el recuerdo de su padre y esposo, respectivamente: don Julio Morán Valencia, el patriarca de la familia, fallecido en 2001. El hombre era nacido en Ciénaga, pero su familia tenía en Barranquilla una fábrica de escobas y cepillos. A Cartagena llegó buscando ampliar ese negocio, pero también para estudiar medicina en la Universidad de Cartagena. Había sido militar por cinco años de los cuáles la anécdota más celebrada fue cuando terminó de alcalde encargado de Villavicencio porque el titular andaba refundido en alguna parte.

Don Julio, cuentan las dos Gladys, tenía un carácter recio, era un señor respetuoso y al que también respetaban mucho en el barrio. Hizo carrera política con la Anapo, en los años setenta y llegó a ser concejal de Cartagena y Representante a la Cámara.

Al final lo de los cepillos fue el negocio que marcó el destino de esa casa y de la familia. Pero la historia completa de esta saga getsemanicense, que ocupa tres generaciones, la desarrollaremos en otro artículo, de la voz de doña Gladys, que te cuenta historias hasta que amanece.

Baste decir que la familia ha vivido las duras y las maduras en el barrio, al que se ha mantenido fiel a pesar de que hubo malos tiempos; aquellos en que la gente de afuera prefería no entrar. Ahora gozan de una época en la que Getsemaní se puso de moda y, por el contrario, ahora todos quieren estar acá.

En medio de todo la Nena y su familia encontraron una manera de aportar con un pequeño negocio de getsemanicenses, con sabor propio y una propuesta relajada, como si fuera posible devolver el tiempo.

Donde Gustavito y la Nena
Plaza del Pozo. Getsemaní
Cerveza nacional a 3.000 pesos.
Todos los días, excepto martes,
desde el atardecer.
300 812 85 30

UNA VIDA DANDO A LUZ

Dominga Pérez estaba tranquila en la mecedora de la sala de su casa en Papayal, a eso de las tres de la tarde. De pronto asoma Aníbal Amador y abre la reja con la confianza de un viejo amigo.

–Seño, ¿usted me recuerda? –le pregunta el recién llegado.

Dominga duda. Quiere ser amable, pero no lo recuerda. Se lo dice.

–¡Pero si usted me recibió cuando nací! Yo soy el hijo de Esther María –le dice Ánibal.

Eso le aclara la memoria –Ah sí. ¡Tú sí que eras bien llorón cuando naciste!–.

Sus manos recibieron en este mundo a tantos getsemanicenses que si hicieran fila en La Trinidad quizás llegarían hasta la Calle Larga o mucho más allá. Antes de comenzar a desgranar su historia se termina de comer el pan con gaseosa que tenía en la mano cuando llegamos.

Mientras conversamos llegaron dos personas en momentos distintos para pedir dinero. En ambas ocasiones sacó del pecho un monedero para darles monedas. Su mano y sus gestos son firmes para su edad. Noventa y cinco años y sigue intacta.

Su casa es amplia y modesta. En cada espacio hay retratos de ella con sus tres hijos -todos profesionales y de los que vive muy orgullosa-, con sus nietos y con su esposo, el recordado profesor Fortunato Escandón, quien falleció hace algunos meses. Recordarlo aún la hace llorar. "Vivimos 67 años juntos, toda una vida. Me duele, pero es la ley de la vida". Curiosamente en sus anécdota se refiere a él como "El Profe".

LOS COMIENZOS

"Yo conocía a la directora del hospital Santa Clara en aquella época. En una conversación le dije –Ay seño, yo quisiera aprender enfermería–. Ella me dice: –Yo te ayudo, tranquila. Me avisas cuando te quieres presentar–. Otro día me la volví a encontrar y le comenté que quería retirarme de mi trabajo. Entonces me dio una tarjeta y que me esperaba el lunes. Así fue. En esa época tenía quizás 28 años".

"Después de trabajar en el Santa Clara le pedí que me pasara a la Maternidad, porque yo quería aprender parto. Ella habló con el director de la otra clinica y me mandaron para allá, donde me hice amiga del doctor Milanés Padrón, que era el director. Luego hubo una convocatoria para mandar una enfermeras a la Clínica los Ángeles, en Barranquilla. Dentro de las tres candidatas me mandaron a mí por un año y medio. Después pedí una licencia y no fui más".

"El doctor Milanés me había certificado que yo había aprendido a atender partos. Me regresé a Cartagena, conocí al profesor Escandón, formalicé mi hogar en Getsemaní y empecé a trabajar de manera particular. El Profe era muy amigo del doctor Caballero y él me mandaba a mi atender partos a Bocagrande y a Manga".

LA LUZ EN GETSEMANÍ

"Los partos que atendí en Getsemaní son innumerables. Hubo una noche que atendí tres partos, amanecí en el patio de mi casa en una banca con el maletín tirado en el piso. Esa fue mi vida. Trabajé duro, pero no me arrepiento".

"Recuerdo que recibí a la reina vitalicia de Cabildo, Nilda Meléndez. Lo más curioso es que ocho días antes yo había dado a luz a mi hijo. A cualquier hora me tocaban la puerta para ir atender un parto. Era muy chistoso porque a las dos o tres de la mañana me veían con un hombre, ¡pero era el esposo de la que parió!".

"También le atendí el parto a Esther María, de su hijo Anibal Amador; a Juan Carlos Coronel, el cantante, que vivía en la calle de la Sierpe; a Chichí, Iluminada Ramirez, le atendí siete partos. El esposo de ella era carnicero y siempre me pagaba con billetes de a cien pesos. Cuando pasaba el tiempo y al niño se le caía el ombligo yo iba a cobrar mis billeticos"

TRES DÉCADAS

"Viví en Getsemaní 32 años en la calle del Espiritu Santo y allá saqué a mis tres hijos profesionales: mi hija mayor, abogada; el segundo, odontólogo y la tercera, profesora".

"Yo era de las mejores parteras. Tenía mi maletín de cuero que me había regalado el doctor Senén Pérez, donde guardaba mis pinzas de agarrar el ombligo, mis tijeras y me vestía con mi uniforme de enfermera, no era una partera cualquiera. Otra partera en el barrio era Josefa Bonfante. Yo le enseñé a Libia de la Rosa. Yo cobraba por parto 15 mil o 20 mil pesos y a veces no cobraba nada si la persona que no tenía plata".

"Algunas veces tuve problemas, por supuesto. Recuerdo a una señora que ya le había atendido dos partos. El tercero lo tuvo sin complicaciones, pero le seguía doliendo y tenía la barriga igual de grande. Se la toqué y encontré tenía otro, un gemelo. La moví, le hice todo lo que sabía y salió la otra niñita".

"Un día me buscaron para atender un parto a una sobrina mía. Era un 24 de diciembre y el doctor Milanés se había ido con El Profe para Turbaco. A ella le dio una hemorragia. Sangraba, sangraba y nada que paraba. Desde ese momento soy devota de la virgen del Carmen. Salí al patio y la luna estaba clara y pensando en el dolor de mi sobrina dije: –Ay virgen Santa, ilumíname. ¿Qué debo hacer?–. Entré a la recamara, me puse los guantes y fui sacando la placenta poquito a poquito. Salió y paró la hemorragia. Desde ese día me puse este escapulario y nunca más me lo he quitado".

"Me siento muy complacida y bien vivida por haber recibido a tanta gente. Nunca fui vanidosa ni nada de eso, pero si me siento satisfecha y complacida por haber cumplido mi objetivo que yo misma me tracé", dice orgullosa.

"Algunas veces tuve problemas, por supuesto. Recuerdo a una señora que ya le había atendido dos partos. El tercero lo tuvo sin complicaciones, pero le seguía doliendo y tenía la barriga igual de grande. Se la toqué y encontré tenía otro, un gemelo. La moví, le hice todo lo que sabía y salió la otra niñita".

PARTERAS DE LEYENDA

Dominga representa una estirpe que ya no se ve más en nuestros tiempos de cesáreas programadas y partos en clínica. Desde hace más de un siglo hay registros de parteras legendarias y todavía hay generaciones de getsemanicenses que vieron la luz en su propia casa y atendidos por la sabiduría de estas mujeres. Varios testimonios y registros bibliográficos dan cuenta de esta vieja práctica.

Una de estas fuentes señala que las parteras tradicionales "recibían a los niños y niñas recién nacidos del barrio mientras que poco a poco en el territorio prosperaba la medicina; la calle de las Chancletas y la Media Luna fueron uno de los lugares donde cientos de nativos llegaban para que estas mujeres atendieran sus partos" y agrega que ellas "también hacían parte de las familias que asistían, los vínculos traspasaba los límites de la sola asistencia, hasta convertirse en consultoras sabias".

• **Doña Carmen del Arco**. Más que tía fue tutora y educadora de Jorge Artel, el recordado escritor, periodista y crítico colombiano, a quien trajo al mundo. Fue la maestra de muchas que le siguieron en el camino de la partería.

• **Josefa Bonfante Vargas.** Muy recordada todavía. Vivió en la calle del Espíritu Santo y tenía la bendición de Carmen de Arco. "Al quedar viuda a los 24 años dedicó su vida a la noble profesión de partera, hasta los 83 años", según testimonio de Mercedes Gaviria de Corcho, maestra getsemanicense. Tenía buen ojo clínico y las cuentas le daban que había recibido a más de 1.000 niños "en cualquier posición que se les presentara". A pesar de ello "nunca descuidó sus labores domésticas. Diariamente iba al mercado por la comida, era la consejera de todos los que estábamos cerca de ella y en esa relación filial, empezamos a sentir por ella un respeto reverencial". Se cuenta que crió a "más de tres generaciones" y que murió el 12 de noviembre de 1985, mientras "estaba durmiendo, sin agonía, en un reposo de alma noble".

• **Libia Caraballo Barbosa.** "Carmen de Arco me enseñó y de ella bebí toda la práctica para llamarme la partera de Getsemaní, Yo, viendo la dificultad de la situación, me tocó con mucho cariño en mi interior lanzarme a la lucha del trabajo para completar la satisfacción de las necesidades mínimas", según recoge un testimonio dado por ella. "No había noches ni días para que la gente querida de Getsemaní no fuera a tocar mi puerta".

• **Cástula Acosta.** Madre del profesor Fortunato Escandón, cuyo padre era a su vez un reconocido médico. "Mi madre hizo parte de la vocación médica de mi padre. Atendía a gentes procedentes de varias regiones de la costa, las cuales eran hospedadas en su casa de la calle de Las Palmas, donde permanecían hasta lograr su recuperación. Además, mi madre practicó con sensibilidad humana el oficio de comadrona y de curiosa". "La señora Cástula, había venido de un pueblo de Córdoba. Con su andar recorrido de matrona, que encerraba los secretos de la naturaleza, brindaba con nobleza los beneficios de sus saberes, su casa era un remanso para el necesitado y esperanza de vida", según la recordó su vecino Merardo Cisneros. "Figura en nuestra ciudad por sus hazañas propias, y recetas magistrales con buen acierto, por ser conocedora de los beneficios de las plantas, por lo que se destacó como curiosa", dice otro testimonio.

• **Manuela Abad Guzmán.** Graduada del primer grupo de la escuela de Cartagena como enfermera, "cumplió un récord en atender más de 5 mil partos".

PARA SABER MÁS:

• *Resistencias, pugnas de saberes y poderes en la institucionalidad del parto.* Esther Patricia Polo Payares. Universidad de Cartagena. 2008. Tesis de grado. http://www.bdigital.unal.edu.co/45327/1/45490481.2008.pdf

• Revista *La Herencia Africana Vol. 1. Memorias. Artículo El Poder Matriarcal.* Andrea Noriega. Universidad de Cartagena. 2016

LA TRINIDAD: MUCHO MÁS QUE UN TEMPLO

Como diría el Joe: quiero contarle mi hermano un pedacito de la historia nuestra, caballero. Nada menos que empezar a hablar de la iglesia de la Santísima Trinidad, que es mucho más que el templo y epicentro católico. Es parte de la esencia, la historia y la naturaleza de Getsemaní.

Y esta historia comienza en los años 1600. Getsemaní era entonces una isla que se iba consolidando como vecindario. Ya se habían trazado la calle de la Media Luna y la calle Larga como los ejes fundamentales, y se había empezado a construir el Claustro de San Francisco, pero lo más de la isla eran lotes enmalezados.

Aún así ya había una creciente comunidad de vecinos por lo que en 1620 el obispo le solicitó al rey, entonces Felipe III, quien murió al año siguiente, que creara una "ayuda de parroquia" en Getsemaní. Los argumentos eran similares a los usados para pedir lo mismo en San Diego, que era en términos actuales el barrio popular del Centro Histórico. De ahí nació la iglesia de Santo Toribio.

El obispo argumentaba que el barrio estaba muy alejado de la catedral y por "tener que pasar el puente y ser grandes los calores", no se les podían administrar a los vecinos los Santos Sacramentos con la debida puntualidad.

Ahí aparece un nombre clave: el capitán Juan Evangelista, quien ofreció subvencionar la obra, incluyendo la vivienda para el cura y el sacristán y "proveerla de los primeros ornamentos necesarios". Pero el regalo tenía una condición: que le dieran el patronato de la iglesia parroquial, lo que implicaba poder elegir el cura, y que le pudiera heredar ese derecho a sus sucesores.

La leyenda dice que al rey no le gustó esa condición, pero hay que ver en perspectiva si a un monarca que tenía dominios en medio mundo y conflictos con los otros reinados europeos, le interesaba tanto la situación de un vecindario en una de las muchas ciudades de su imperio. El caso es que entre la burocracia del imperio español y la lentitud del correo oficial, que iba y regresaba en barco primero se murió Juan Evangelista, pero su ofrecimiento material quedó en pie.

En la cédula real del 22 de febrero de 1642, más de dos décadas después de la primera petición, el rey ordenó al Gobernador, "que le informará el número de vecinos que tenía en el barrio, la distancia a que se encontraba a la ciudad y la necesidad de fundar la parroquia". Es decir: comenzaba formalmente el proceso para construir el templo, que se inició en 1643 "con dineros del cabildo secular de la ciudad (curas párrocos y presbíteros)", según una fuente especializada.

La iglesia ya aparece construida en un plano de 1688 y en otro de 1716 se la representa con toda exactitud. En 1808 se convirtió formalmente en parroquia y el 21 de diciembre de 1839 fue consagrada.

Formalmente, la iglesia es similar a la Catedral de Cartagena, en la que está inspirada: una nave central y dos laterales, separadas entre sí por seis arcos sostenidos a través de columnas de piedra del orden dórico. La torre-campanario, recuerda el de la iglesia de Santo Domingo, también en el Centro.

Adentro, para quien la visita por primera vez hay distintos elementos por detallar. El primero es el retablo del Purgatorio, pintado por Pedro Tiburcio Ortíz Alaix en 1868, que tiene dos particularidades: en lugar de la Vírgen María está el arcángel San Gabriel y tiene una relevante simbología religiosa y pagana. Valdrá la pena dedicarle un artículo. Otro aspecto es el viacrucis en alto relieve, con estaciones en los pabellones laterales. Los techos de las naves y el presbiterio están ornamentadas con artesonados estilo mudéjar, según descripciones más técnicas.

La fachada quedó bastante sencilla, con esos gruesos contrafuertes que la distinguen vista desde afuera. Sin embargo, esa simplicidad arquitectónica exterior también le da ese carácter entrañable de iglesia de barrio, que es tan patente para quien visita la plaza de la Trinidad.

ALFONSO HURTADO

"Fui monaguillo y sacristán de la iglesia hace cuarenta años. Anteriormente había mucho fervor. Las misas los domingos eran a las cuatro de la mañana. Las personas que servimos teníamos que estar a las tres de la mañana. Yo vivía en la calle Las Tortugas y a los doce o trece años, junto con otros compañeros nos íbamos solos caminando hasta allá. Un día se nos apareció un borracho y nos preguntó que qué hacíamos a esa hora en la calle y yo le respondí ¡vamos para la iglesia!"

IVÁN ALONSO POSADA

"A los ocho años entré como monaguillo a la iglesia de la Trinidad porque mi mamá era una ferviente seguidora y dama rosada. Ella ayudaba mucho a las obras de la parroquia. Siempre estuvo muy solícita en ayudar a todo el que necesitaba: en aquella época nuestra posición económica era muy buena y ella organizaba mercaditos y comida para los pobres".

"Recuerdo mucho al padre Campoy. Era un español, bajito, blanco, colorado, muy piloso, enérgico, entregado a Dios y a todo lo que tenía que ver con la iglesia, le ayudó mucho a la parroquia y al barrio en su momento. Era muy activo. A veces se vestía de sotana, pero fue uno de los primeros curas que se la quitó y usaba su pantalón. Era un padre malgeniado, no temía sacar a una persona que fuera en mini falda o mal vestido. Era un hombre justo, todos los domingos unos daba 2 ó 3 pesos, más o menos unos 20 ó 30 mil pesos de los de ahora".

"Las procesiones que hacía el padre Campoy eran solemnes: delante íbamos los monaguillos más experimentados, con nuestro tradicional ropón, la cruz y dos velas a los lados. También iban las damas piadosas de la iglesia, todas con chalinas, que se usaban para entrar a la iglesia o visitar el Santísimo. Había una procesión muy importante que era la de la Virgen de los Marineros: iba el cura con el megáfono, la santa, atrás el poco de gente, la policía. Salíamos de la iglesia, subíamos la calle de Guerrero, la Media Luna, subíamos hasta el reloj público y regresábamos por la avenida Venezuela. Lo mismo las procesiones en Semana Santa. Antes casi todas las iglesias del centro se reunían y realizaban las procesiones en conjunto".

"Las navidades eran muy hermosas, la iglesia fue de las primeras que puso villancicos en vivo y las panderetas. Los pesebres eran particulares e inmensos: podía coger una de las naves la izquierda o derecha y venía desde el altar hasta un cuarto de la nave. La campana sin duda alguna era muy importante en el barrio: en Navidad eran las 12 de la noche y sonaban las campanas. Podíamos estar en cena de Navidad o lo que tú quisieras, pero el que estaba de turno le tocaba ir a tocar la campana, porque era cuando la gente se abrazaba, es decir la iglesia marcaba todos esos puntos. Lo mismo el 31 de diciembre, los pitos eran las campanas, para uno de pelao eso era un desorden también.".

"En el año 71 o 72 -yo podría tener unos diez años- hubo unas excavaciones porque empezaron a cambiar cosas en el piso y en ese momento encontraron una serie de nichos en el piso, algunos con restos humanos y en la mitad de la iglesia. Encontraron una caja de bronce o de hierro muy bien cerrada. Hubo que darle martillo hasta poder abrirla. Adentro había un cáliz oxidado, muy antiguo y unos pergaminos en cuero y si mal no recuerdo, en algunos de ellos estaba escrito en latín que ahí estaba el corazón del padre Alonso de la Cruz. Él fue el cura que fundó el Monasterio de la Popa y fue asesinado por indios, quizás de Barú, en plena conquista. Como no pudieron traer su cuerpo, tomaron su corazón y lo enterraron en la Trinidad. Ese cáliz estuvo expuesto en el altar mayor muchos años, yo luego me fui al exterior y seguía ahí".

"La iglesia conserva un archivo histórico de las familias tradicionales de Getsemaní y de Cartagena: muy completo, eso se eleva a tres, cuatro siglos. Por ejemplo ahí está toda mi familia. Todos los bautizos y matrimonios".

"La pila bautismal de la Trinidad es una obra de arte. Había un cuadro de Juan, bautizando a Jesús, eso era muy importante. También una serie de pinturas coloniales. Atrás había un cuarto de san Alejo donde estaban un montón de estatuas de santos antiguos".

"En los bautizos nos peleabamos por ayudar porque en ese entonces había una vaina que se llamaba el padrino pelón: el padrino tenía que llevar muchas monedas. Al final del bautizo, todos los sacristanes salíamos al atrio y ahí el padrino nos tiraba su poco de monedas. Ahí también llegaban los pelaos del barrio y se formaba el desorden y si no tenía plata lo levantábamos: ¡El padrino pelón! ¡El padrino pelón! y pasaba su vergüenza".

"En los matrimonios si la novia era "importante" la alfombra iba desde el altar hasta la mitad de la plaza de la Trinidad y ahí llegaba el carro y ella subía. Si la novia era "más o menos" llegaba hasta la mitad de la iglesia y si no tenía plata pues solo era el pedacito del altar. A los monaguillos nos tocaba abrir esa condenada alfombra que pesaba más que el carajo, cargarla, sacudirla y abrirla, barrerla y limpiarla".

PATRICIA HELENA MENDOZA HURTADO

"Desde muy pequeña he estado vinculada a las labores comunitarias, especialmente a las de la Iglesia de la Santísima Trinidad. Empecé mi servicio con el padre Nicolás Vergara Álvarez, el primer sacerdote que vi y que me educó en la fe. También con mi tía Olga Hurtado fue una de las principales pioneras y gestoras del trabajo religioso en la parroquia junto con Victoria Puello. Eran las directoras del grupo de oración".

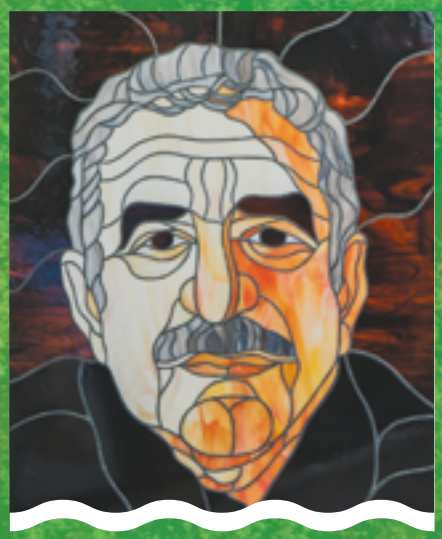
"Comencé en el coro de la iglesia y mientras iba creciendo me fui vinculando a todos los grupos de la parroquia hasta que quedé al servicio de la labor litúrgica. Cuando falleció el padre Nicolás Álvarez, lo reemplazó el padre Gilberto Hoyos. Junto con él y el profesor Jaime Carranza, líder fallecido, conformamos un grupo de catequesis, que duró más de cinco años".

"En un tiempo yo era quien abría la parroquia. Madrugaba todos los domingos, a las ocho de la mañana yo tenía que estar preparando todo para la misa. A las ocho y media ya estaba tocando las campanas ¡éramos de todito!. Cuando llueve muy fuerte la parroquia se inunda, esa labor de sacar el agua le toca a uno. El padre está oficiando la misa y nosotros sacando agua. Eso es lo que marca el amor y el servicio hacia Dios".

"Aún se sigue manteniendo el toque de las campanas, que es algo característico del barrio, aunque ahora como todo ha cambiado a nivel de la arquidiócesis se han perdido muchas tradiciones. Ya no va mucha gente de la comunidad. Siempre vamos los mismos con las mismas. Ese fervor que había antes ya no se despierta. Quienes más llegan ahora son visitantes".

PARA SABER MÁS:

- *Cartagena de Indias en la palma de la mano.* Raúl Porto Cabrales. Ingeniería y Diseños. 2007.
- *Cartagena de Indias Puerto y Plaza Fuerte.* Enrique Marco Dorta. Fondo Cultural Cafetero. Bogotá. 1988.
- Instituto Cervantes: https://cvc.cervantes.es/artes/ciudades_patrimonio/cartagena_indias/paseo/igl_trinidad.ht



UN ROSTRO DE VIDRIO

Emil Marún es un descendiente de la colonia sirio libanesa asentada en Getsemaní. Al llegar a la ciudad, su padre se dedicó a cortar vidrios en el Antiguo Mercado Público para los carros de aquella época. Ahí comenzó para él un camino de vida: hacer vitrales e innovar en esa técnica.

"Yo nací entre la calle Larga y la calle San Antonio, donde quedaba 'La tienda del pueblo', en el segundo piso. Estuve ahí hasta los nueve años. Luego nos mudamos a la calle segunda de la Magdalena, en la casa de la señora Raquel Hernández. En los años setenta ahí mi papá compró casa en el barrio el Socorro y nos pasamos para allá. Sin embargo, siempre estuvimos vinculados a Getsemaní porque mi papá trabajaba ahí y estaba el mercado, donde siempre nos comprábamos las cosas".

"Yo empecé cortando vidrios con mi papá a los seis años. Cuando tenía unos catorce llegó un arquitecto argentino llamado Oscar Bargioni a trabajar en la Universidad Tadeo Lozano. En ese momento estaban construyendo la biblioteca Bartolomé Calvo y a él lo contrataron para hacer nueve vitrales que son los que están expuestos allá".

"Él llegó donde mi papá porque necesitaba una persona que le cortara vidrios. Yo había estudiado pintura en Bellas Artes, porque tuve un vecino que dibujaba en plumilla y me indujo a eso. Mi papá me recomendó con el arquitecto para que yo le cortara los vidrios, pues él no tenía idea de eso. Le corté todos los vidrios de los vitrales que están en la biblioteca".

"Cuando el profesor Bargioni fue a armar los vidrios se encontró con que en la ciudad no había plomo, ni la cinta adecuada. Mi papá le sugirió que cogiera un vidrio del mismo tamaño del vitral, que sobre él colocara pedacitos de la obra, como un rompecabezas, y lo pegara con silicona. Que hiciéramos una simulación de plomo con algo que se llamaba Poximax y así los hicimos. Eso él lo tomó de la cultura Wayuu".

"Cuando terminamos ese trabajo el profesor decidió llevarme a Barranquilla para hacer unos vitrales en la casa de una persona adinerada y nos fue bien. Después en el año 80 entré a un seminario de sacerdotes y comencé a trabajar allá. En esa vida tuve la oportunidad de conocer muchos vitrales y me di cuenta de un detalle: que el rostro, las manos y las piernas de los santos son pintadas, no hechas en vidrio. Eso es una técnica que se llama grisalla: pintura sobre vidrio, que luego es pasada por un horno, pero que no es vidrio. Yo me dije que quería hacer algo nuevo y empecé hacer los rostros con netamente en vidrio. Ese es mi aporte y lo interesante en mi trabajo. En el arte es importante cuando tú innovas y muestras una propuesta diferente".

"La técnica que utilizo es que cada detalle del rostro lo hago con piezas de vidrio, que luego pego con plomo para construir una sola unidad. Para realizar cada obra puedo demorar unas dos semanas. Pero lo realmente complicado es dibujar el rostro en el papel porque se tiene que ser muy cuidadoso en plasmar la expresión de los ojos, y solamente eso me puede llevar aproximadamente un mes".

"Mi trabajo fue presentado en 2015 en el Museo Metropolitano de Nueva York. Entre mis obras están rostros de Gabriel García Márquez, la madre Teresa de Calcuta, el papa Francisco, Yasir Arafat, Juan Pablo II, San Chárbel y Jorge García Usta, entre otros".

Para contactar a Emil: 312 6197624 y fajidmarun@hotmail.com

CULTURA VIVA

Una iniciativa de **PROYECTO SAN FRANCISCO** con la realización del equipo de GUIDOULLOA

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
DISEÑO: Angélica Neira Hazime y equipo
REDACCIÓN: Samuel López López
COORDINACIÓN: Estefany Gómez Solórzano
CALLE A CALLE: Sandra López Castillo
FOTOGRAFÍA: Jaime Espinosa Monroy
DISTRIBUCIÓN: Alejandra Carrasquilla y equipo

Visítanos en: **www.elgetsemanicense.com**

Escríbannos a: **elgetsemanicense@gmail.com**

Edición 9. Junio de 2019
Impreso en Comunican S.A., Bogotá.
ISSN: 2665-2919

@sanfranciscogetsemani

San Francisco Getsemaní